

## ## 📖 CAPÍTULO I: Las Colinas del Silencio — Theodoro en el Ocaso de 1444

El viento del Mar Negro, ese día undécimo de noviembre del año de Nuestro Señor de 1444, no soplaban. \*Aullaba\*. Gélido, afilado como el filo de una cimitarra tártara, se colaba por las grietas de las murallas de Mangup, trepaba por los acantilados de piedra caliza y penetraba los pesados ropajes de lana como si fueran gasa. Traía consigo algo más que la promesa del invierno prematuro; traía un hedor a hierro frío y a derrota, un presagio que helaba el alma antes que la piel. La noticia, esa maldición susurrada primero por las olas embravecidas y luego confirmada por los jinetes genoveses que galoparon hasta las puertas con rostros cenicientos, había llegado. Como un mazazo en el pecho del mundo cristiano. La Cruzada, aquella última y desesperada lanza contra el avance del Crescente, había fracasado. Sangre cristiana, mucha sangre, empapaba las orillas lejanas de Varna. Ladislao III, el joven rey de Polonia y Hungría, la esperanza encarnada, yacía muerto, su cabeza convertida en trofeo macabro. Juan Hunyadi, el \*Athleta Christi\*, aquel general feroz cuyo solo nombre hacía temblar a los turcos, había huido, derrotado y acosado. El sultán Murad II, el Gran Turco, había triunfado. Europa, esa entelequia fracturada, estaba rota. Y tú, Alexis de Gothia I, Señor de Mangup, Protector de las Montañas Sagradas, Príncipe de Theodoro por la gracia de Dios... te sentías más solo que nunca en la cima de tu mundo amenazado.

---

### \*\*🏰 El Principado de Theodoro: Un Refugio en la Tormenta\*\*

Theodoro. Mangup para sus hijos. Un nombre que resonaba como un eco lejano de glorias pasadas, perdido en los mapas borrosos de los mercaderes y los sueños de conquista de los sultanes. Era un suspiro de Bizancio, un último fragmento de púrpura imperial incrustado en la costa suroccidental de Crimea, aferrado a los viejos muros de la antigua Teodosia como un náufrago a un madero. Desde su altísima meseta, rodeada de precipicios que la hacían casi inexpugnable, se dominaba un paisaje de colinas boscosas que descendían hacia el mar, un mar que ahora parecía un camino abierto para las galeras enemigas. Una joya olvidada, sí, pero una joya cuyo brillo se apagaba bajo la sombra inmensa que avanzaba desde el sur.

Este pequeño principado, isla de fe ortodoxa y lengua griega, respiraba rodeado de peligros, cada cual más voraz que el anterior:


\* \*\*Al norte y este\*\*\*, más allá de las colinas cubiertas de hayas y robles que empezaban a perder sus hojas, los pastos se extendían bajo el dominio nómada. Allí, los tártaros del Kanato de Crimea, jinetes del viento y la rapiña, vasallos inquietos e impredecibles del Gran Horda lejana, pastoreaban sus rebaños con desdén y saqueaban sin pudor cuando la necesidad o el simple capricho los impulsaba. Sus incursiones eran como tormentas de verano: repentinas, devastadoras, y dejaban solo cenizas y lamento a su paso. Sus khanes sonreían con dientes afilados mientras aceptaban tributos, pero sus ojos, pequeños y oscuros, siempre calculaban el valor de tus graneros, la debilidad de tus muros.

\* \*\*Al sur\*\*\*, el azul traicionero del Mar Negro besaba costas dominadas no por la espada, sino por el florín. Las colonias marítimas genovesas – Feodosia (Kaffa para ellos), Sudak, Cembalo – eran tentáculos de la Serenísima República, enclaves fortificados donde el comercio era rey y la lealtad, una moneda de cambio. Sus murallas eran altas, sus almacenes rebosantes, sus cañones temibles. Dominaban el flujo de la seda, las especias, los esclavos, y con él, la diplomacia y, sin el menor remordimiento, la traición. Un día podían ser aliados comerciales necesarios; al siguiente, podían abrir sus puertas al enemigo común a cambio de privilegios. Su poder era frío, calculador, y tan peligroso como las hordas tártaras.

\* \*\*Al oeste\*\*, tras las tierras salvajes de Budjak, los principados rumanos de Moldavia y Valaquia libraban su propia batalla desesperada contra la marea turca. Sus voivodas, hombres duros criados entre montañas y ríos embravecidos, luchaban con la fiera de lobos acorralados por su independencia. Eran hermanos en la fe, sí, pero hermanos demasiado lejanos, demasiado ocupados en su propia supervivencia como para tender una mano más allá del Danubio. Su lucha era un eco sombrío del destino que amenazaba a todos.

\* \*\*Y más allá del mar\*\*, envolviéndolo todo en una oscuridad que crecía con cada amanecer, se alzaba el coloso. El Imperio Otomano, ahora reforzado por la victoria en Varna, dueño incontestable de Bulgaria y Tracia, con sus ejércitos incontables y su flota que arañaba el horizonte. Constantinopla, la Reina de las Ciudades, la Nueva Roma, se aferraba a sus murallas teodosianas como Theodoro a sus acantilados, pero era un abrazo mortal. Todos sabían, en cada corte, en cada monasterio, en cada aldea temerosa, que la mirada del Sultán, fija e implacable, ya contemplaba la caída de la gran ciudad. Y después... después, tarde o temprano, su avidez se volvería hacia toda Crimea. Hacia Mangup. Hacia ti.

---

\*\* La Corte del Príncipe: Sangre y Mármol Agrietado\*\*

Tú eras Alexis. Alexis de Gothia I. La sangre que corría por tus venas era un río antiguo, mezcla de la púrpura bizantina diluida y la nobleza gótica local, un linaje que se remontaba a tiempos del Imperio Romano de Oriente en su esplendor y que, por algún milagro obstinado de Dios y la geografía, había resistido el cataclismo de 1204, cuando los cruzados latinos saquearon Constantinopla. Tus ancestros habían gobernado estas montañas sagradas, estos valles silenciosos, mientras imperios caían y nuevas estrellas nacían en el firmamento del poder. Ese legado pesaba sobre tus hombros como una loriga de plomo, más ahora, con el viento de Varna helando los huesos.

Tu corte, reunida en la gran sala alta de la fortaleza de Mangup, no era la de Constantinopla. No había mosaicos deslumbrantes ni eunucos silenciosos moviéndose entre columnas de porfirio. La humedad salitrosa se comía la piedra, las telas eran gruesas para combatir el frío perpetuo de las alturas, y el oro escaseaba. Pero había una lealtad forjada en el aislamiento y la amenaza constante, una dignidad agrietada como el mármol del trono sobre el que te sentabas. Ese trono, sencillo, tallado en piedra local pero con un respaldo que aún mostraba, desgastados pero orgullosos, los símbolos del águila bicéfala y la cruz de los Paleólogos, era el corazón simbólico de tu pequeño mundo. Era un recordatorio constante de lo que fuisteis, de lo que aún, contra toda esperanza, pretendíais ser: el último faro de Roma en este mar de estepas y ambiciones.

Y fue ante ese trono, ese día de noviembre con el viento aullando como un alma en pena entre las almenas, tras recibir el mensaje sellado con cera negra que confirmaba las peores pesadillas, que sentiste el peso de la soledad más absoluta. La Cruzada había sido la última carta de la Cristiandad. Jugada y perdida. Europa, rota. Theodoro, una mota de polvo en el camino del vencedor. Con un gesto seco, apenas un movimiento de tu mano enguantada, hiciste llamar a ellos. Los pilares de lo que quedaba. Tu Consejo Real.

---

\*\* Consejo Real del 11 de Noviembre: Voces en la Penumbra\*\*

El salón alto de Mangup, una estancia larga con bóvedas de cañón apenas iluminadas por antorchas humeantes y velas de sebo que luchaban contra las corrientes de aire, se convirtió en una cámara de

ecos y sombras danzantes. El viento, ese mensajero indeseado, susurraba historias de muerte entre las piedras de las murallas. El frío era un invitado más, mordiendo los dedos y empañando el aliento. Ante ti, iluminados por la luz parpadeante que acentuaba las arrugas de la preocupación y las cicatrices de viejas batallas, se presentó tu círculo de confianza. Los únicos en quienes, en esta hora negra, podías depositar la carga del futuro.

1. **\*\*Mihailos Katakalon, Strategos Autokrator:\*\*** Se adelantó con la precisión de un reloj de sol. Alto, erguido como la lanza que siempre parecía llevar incluso desarmado, vestía una armadura de escamas bien cuidada sobre un gambesón oscuro, un anacronismo deliberado que evocaba a los *\*tagmas\** de los viejos emperadores. Pero sus ojos, grises como el acero de las espadas modernas, no miraban al pasado con nostalgia, sino con la fría evaluación del veterano. Había comandado hombres en las murallas de Trapezunt, otro fragmento bizantino caído no hacía tanto, y conocía el precio de la derrota. Ahora era tu general supremo, la espina dorsal de tus menguadas fuerzas. Su rostro era una máscara de severidad, surcado por una cicatriz que le cruzaba la mejilla izquierda, recuerdo de un combate contra piratas turcomanos. Su obsesión era conocida por todos: las fortalezas de montaña, los pasos estrechos, la defensa hasta el último aliento. Cada piedra de Mangup, de Kalamita, de Funa, era sagrada para él. Su informe sería conciso, brutal, sin adornos. Informaría del estado militar: hombres, armas, murallas, provisiones de guerra. La cruda aritmética de la supervivencia.

2. **\*\*Leontios Haralambos, Protonotarios y Logoteta del Sello:\*\*** Se movía con la gracia silenciosa de un gato, sus ropas oscuras de corte italiano, aunque pasadas de moda, destacando entre las armaduras y los hábitos. Era tu canciller, la araña en el centro de una red de hilos que se extendía, tenuemente, hacia Génova y sus colonias rapaces, hacia Constantinopla, esa moribunda que aún emitía señales de vida, e incluso hacia la lejana y ascética Moscovia, que empezaba a alzar la cabeza como nueva protectora de la ortodoxia. Su mente era un laberinto de tratados, alianzas, promesas y traiciones potenciales. Elocuente hasta la hipnosis, persuasivo como un vendedor de sueños, su palabra había salvado a Theodoro de más de un desastre... o lo había acercado a él, según la conveniencia. Pero los años, y las noticias como la de Varna, habían afilado su cinismo hasta convertirlo en una daga. Desconfiaba de todos, empezando por los genoveses y terminando, quizás, por la propia Providencia. Te hablaría de la situación política y diplomática: quién respiraba, quién agonizaba, quién estaba dispuesto a venderse y a qué precio. El tablero de ajedrez sangriento donde tu principado era un peón expuesto.

3. **\*\*Ilarion Dragasès, Epítropos de los Campos del Norte:\*\*** Su presencia era sólida, terrenal, como la tierra que supervisaba. No había nacido en la púrpura, sino en el surco. Noble por mérito, un raro ascenso concedido por tu abuelo tras organizar la defensa de una aldea contra un raid tártaro con poco más que hoces y coraje. Su rostro, curtido por el sol y el viento, reflejaba la preocupación inmediata, la que no mira más allá de la próxima cosecha. Supervisaba las tierras fértiles junto a la costa y los valles interiores, los graneros de Theodoro. Sus manos, grandes y callosas, conocían el peso del grano y la angustia de la tierra estéril. Profundamente religioso, veía la mano de Dios en la lluvia oportuna y la langosta devastadora. Ahora, con la derrota de Varna y las incursiones tártaras aumentando, su temor era palpable: el hambre. No la derrota militar lejana, sino el hambre que silenciosamente estrangularía a tu pueblo antes de que llegaran las primeras flechas otomanas. Su informe sería el de los recursos: trigo, cebada, vino, ganado. La sangre que alimentaba el cuerpo del principado.

4. **\*\*Archimandrita Eustratios, Guardián de la Fe y Custodio de los Iconos:\*\*** Emergió de las sombras más profundas como un fantasma venerable. Su hábito negro, raído y humilde, olía a incienso rancio y cera de velas. Salido del Monasterio de Kachi-Kalion, enclavado en un acantilado casi inaccesible, era más que tu confesor; era la voz antigua de la fe, la conciencia de Theodoro. No poseía cargo político alguno, ni lo deseaba. Su poder residía en la santidad percibida, en las visiones que decían le visitaban, en los proverbios que brotaban de sus labios secos como agua de un manantial oculto. Su palabra, susurrada o profetizada, pesaba más que el oro en los corazones de tus súbditos, y en el tuyo propio. Veía la batalla no como estrategias o cosechas, sino como un combate cósmico. La victoria en Varna

del Sultán no era solo una derrota militar; era un signo ominoso, un paso del Anticristo sobre el mundo. Sus ojos, profundos y atormentados, buscaban en tus ojos la chispa de la fe inquebrantable, el último baluarte contra las tinieblas que avanzaban.

---

**\*\* ✨ La Corte en Pleno: Un Muro de Silencio Expectante \*\***

Alrededor de estos cuatro pilares, en un semicírculo respetuoso pero tenso, se apiñaba el resto de tu pequeña corte. Capitanes menores con los nudillos blancos apretando los pomos de sus espadas, sus armaduras resonando levemente con cada respiración contenida. Cortesanos con ropas que intentaban emular un esplendor pasado, ahora desteñidas y remendadas. Damas pálidas, sus rostros velados en parte, cuyas manos se entrelazaban con nerviosismo. Clérigos de rango inferior al Archimandrita, cuyas barbas grises temblaban al murmurar oraciones silenciosas. Todos, todos, eran un muro de silencio expectante, un coro mudo cuyos ojos no se apartaban de ti. Aguantaban la respiración colectiva, esperando tu señal, tu palabra, tu decisión en este abismo que se abría bajo sus pies.

Afuera, más allá de los gruesos muros de la fortaleza, en el valle que se hundía en la penumbra del atardecer precoz, los centinelas en las torres de vigilancia escudriñaban el horizonte del este con ojos enrojecidos por el viento y el miedo. Allí, ondeando contra el cielo plomizo que anunciaba nieve, se elevaban las primeras, las delgadas pero inconfundibles columnas de humo negro. No eran de chimeneas campesinas. Eran demasiado rectas, demasiado oscuras, demasiado malditas. Los tártaros, los jinetes de la estepa sin ley, quizás habían vuelto a cabalgar. El saqueo, ese viejo enemigo familiar, asomaba sus colmillos en la frontera, mientras el enemigo nuevo, el verdadero monstruo, celebraba su victoria junto al Mar Negro y alzaba la mirada hacia el norte. El silencio en la sala era tan profundo que el crepitar de las antorchas sonaba como truenos. El viento seguía aullando. Las sombras bailaban. El mármol del trono, bajo tus palmas, estaba helado. El capítulo de la esperanza se había cerrado en Varna. El capítulo de la resistencia desesperada comenzaba ahora, en las colinas del silencio, en Mangup.